

Recuerdos

2008

La Semana Santa vista a través
de La Horqueta Digital



www.horqueta.net

Índice

Prólogo _____	página 2
Xuasús González. Bracero Mayor	
Viernes de Dolores _____	página 3
Recuerdos de Eduardo Álvarez Aller	
Sábado de Pasión _____	página 7
Recuerdos de Gonzalo Márquez García	
Domingo de Ramos _____	página 15
Recuerdos de Luis Jesús Magaz Valdavidá	
Lunes Santo _____	página 20
Recuerdos de Manuel Jáñez Gallego	
Martes Santo _____	página 24
Recuerdos de Alex J. García Montero	
Miércoles Santo _____	página 30
Recuerdos de Carlos García Rioja	
Jueves Santo _____	página 33
Recuerdos de Antonio Alonso Morán	
Viernes Santo _____	página 39
Recuerdos de Víctor Manuel Arteaga Tejerina	
Sábado Santo _____	página 45
Recuerdos de Xuasús González	
Domingo de Resurrección _____	página 50
Recuerdos de Jorge Revenga	

Fotografías: David Alonso Morán, Víctor Manuel Arteaga Tejerina, Eduardo Álvarez Aller, Olga Cañón García, Carlos García Rioja, Xuasús González y Jorge Revenga.

Prólogo

Xuasús González. Bracero Mayor

Un año más, La Horqueta Digital quiere compartir con todos sus lectores sus *Recuerdos*. Es su visión particular sobre una Semana Santa de 2008 que forma ya parte de la Historia.



Desgajaremos los detalles de esa Semana tan especial desde la óptica de Eduardo Álvarez Aller, Gonzalo Márquez García, Luis Jesús Magaz Valdavidia, Manuel Jáñez Gallego, Álex J. García Montero, Carlos García Rioja, Antonio Alonso Morán, Víctor Manuel Arteaga Tejerina, Jorge Revenga y quien suscribe.

Diez autores para Diez Días. Diez visiones que son una sola, la de La Horqueta Digital. Con un único punto de partida: seguir las procesiones desde la acera, sin haber participado en ninguna de ellas. Sin querer, nos llevarán de nuevo a las calles para revivir esa procesión que fue tan especial.

No es posible explicar con palabras cada instante, cada momento, cada sensación. Pero sirvan al menos para refrescar nuestras vivencias. Son nuestros *Recuerdos*.

Viernes de Dolores

Recuerdos de Eduardo Álvarez Aller

Nuestra Señora del Mercado, Patrona de los papones

*Del Mercado, Virgen eres
de todo León, la Madre.
Te llaman la Morenica
cada Viernes por la tarde.*



Muy temprano, nuestros pasos se encaminaron a la recia iglesia de Nuestra Señora del Mercado, para asistir a la última jornada de la novena de la Dolorosa. Cuando faltaban doce horas para que la Virgen del Mercado traspasara el umbral de su hogar, comenzó a sonar una de las campanas, preludio de lo que acaecería por la tarde; el fin no era otro que el de anunciar el inminente comienzo de la Misa.

La antañona parroquia, centro de sentidas devociones alumbradas por la fe y la tradición, acoge todos los años un novenario en honor de la *Morenita*, con varios ejercicios a lo largo del día. Quizá, éste, el primero del día, es el más recogido y sentido de todos, e incluso la afluencia es considerable para esas horas alborales. La oración, la devoción y el respeto hacia la Dolorosa se hacen presentes e inundan el románico templo.

La mariana imagen ya no se encontraba en su ubicación habitual. Como manda la tradición, el día anterior había sido descendida de su retablo hasta el crucero, y aparecía entronizada para su *paseo* por las





calles leonesas. Es este, sin duda, el momento de inaugurar la tirada de fotos de una larga semana de diez días. Comenzábamos así el Viernes de Dolores y, por ende, la Semana Santa legionense.

Los prolegómenos de la Procesión lo son por derecho propio de las dieciséis penitenciales leonesas, y en particular de las personas encargadas de cada una de sus secretarías. Otro rito de los tantos que abundan en esta Semana Santa y que muchas veces pasan desapercibidos. Es el momento en el que varas e invitaciones se adueñan de Herreros. Minutos especiales, enmarcados por el

sonido que proporciona la llegada de las formaciones musicales en ordinaria.

Pero si hemos de hablar de sonidos, nos quedaremos con el inconfundible timbre de las campanas de la Parroquia del Mercado que se adueñan de la atardecida del Viernes de Dolores. Sin lugar a dudas, uno de los sonidos más característicos de nuestra Semana Mayor.

*Suenan los bronces,
y toda la Ciudad
se estremece
con los bandeos y repiques
de Iglesia románica
y de benedictino Convento,
para anunciar los Dolores.*

Tras contemplar la salida de la, así la podemos considerar, Patrona de los papones, desembocamos en la plaza más castiza del viejo León, donde la afluencia de público es notable. Son minutos en los que se



agolpan en nuestra cabeza multitud de sensaciones, sonidos y recuerdos.



Seguidamente, en el interior de la propia capilla de las Madres Benedictinas vivimos otros de los instantes más emotivos de todo el cortejo procesional. La Virgen de las Tristezas, como la denominara un papón insigne de la feligresía, visita a las monjas y éstas entonan su particular saludo, a ritmo de salmodia y de gregoriano.

Reanudada la procesión, la comitiva de luz y de plegarias se adentra en el barrio de San Martín, es así como año tras año da cumplida manifestación pública de fe en la espaciosa Plaza Mayor.

*León se hace farolillo
para poder alumbrarte,
y en tu camino de dolor
y pena, acompañarte.*

Con el encuentro de diferentes amistades, cumplimos con otro protocolo, la degustación de una limonada. En esta ocasión en la calle Ancha, y es ahí donde surgieron los primeros comentarios acerca de la recién inaugurada Santa Semana. Rápidamente nos dirigimos a la Plaza de Santo Domingo, lugar que ocupara un dominico cenobio que viera salir de sus muros dos cofradías penitenciales, Angustias y Jesús. Allí la voz de la Ciudad y la voz de los braceros de la efigie mariana se fundieron para cantar la Salve.



*La Ciudad del Viejo Reino
quiere ver tu semblante,
cuando en Santo Domingo
te saluda con la Salve.*



Son muchas las ubicaciones desde las que podemos presenciar el paso de esta Procesión, emblemáticas también para otras carreras, pero el pasado año, tras el canto de la Salve, nos encaminamos al centro neurálgico del día, la iglesia de Nuestra Señora del Mercado. El motivo no fue otro que aguardar la procesión desde el interior del templo parroquial, de esta forma pudimos conocer un aspecto diferente de la Procesión, enmarcado por el Himno a la Virgen del Camino y la Salve.

Por último, tuvimos la oportunidad de tomar un vaso de mistela con cacahuets en la casa rectoral, y fue allí donde contemplamos una pequeña talla, réplica de la Virgen que acababa de recogerse en su templo, y probablemente debida a la misma gubia.

Un día de idas y venidas para un sitio y para otro, pero que concluyó donde horas antes había comenzado, en el popular barrio del Mercado.

*Suenan los bronces
y toda la Ciudad se estremece
con plegarias llameantes
que piden esperanza
entre suspiros, lloros
y monjiles saluciones.
Ya es Viernes de Dolores
en esta vieja Ciudad
de horquetas y de papones.*

Sábado de Pasión

Recuerdos de [Gonzalo Márquez García](#)

Sábado de Gloria, vivido desde la reflexión y su recuerdo

Dos son los significados que la Real academia de la lengua española establece para la palabra "recuerdo": Memoria que se hace o aviso que se da de algo pasado o de que ya se habló y cosa que se regala en testimonio de buen afecto.

Por el encargo de Jesús González me hago cargo de poner mis palabras a aquel Sábado de Gloria del pasado año 2008, bajo el doble prisma de hacer memoria y regalarla con las reflexiones correspondientes y sin acritud ninguna. Incido en esto, puesto que estoy seguro que mi redacción puede ser interpretada como ofensa, a buen seguro, aunque no es más que la irrupción de los pensamientos que, fruto del vago conocimiento y mi propia pasión, me asaltaron en la fecha referida.

No hace mucho, el sábado precedente al Domingo de Ramos, era en esta ciudad un día que separaba la festividad del Viernes de Dolores, recordada en León con la novena previa al ultimo viernes de Cuaresma y la procesión devocional a la Virgen del Mercado, la dolorosa imagen de piedad que da nombre a la primera iglesia intramuros del Camino de Santiago, es decir, dentro del recinto amurallado medieval de la ciudad.



No es hasta 1995 cuando partió por primera vez de la Plaza de Santo Martino la procesión que toma las calles leonesas en este día, puente como ya hemos señalado, entre la festividad de los Dolores de Nuestra Señora y el Domingo de Ramos. Lo cierto es que, se ha convertido en una pequeña costumbre, aunque no tradición, que los observadores, críticos, forofos, y curiosos componentes paponiles mas variados, algunos utilizarían el término "capillitas", nos encaminemos hacia las seis de la tarde a aquella plaza acotada en tiempos pretéritos por dos edificios religiosos masculinos, el espacio

ocupado por la colegiata de San Isidoro y el convento de Franciscanos Descalzos, ocupando hoy su espacio, en el caso de este último, el edificio del Instituto de Educación Secundaria Legio VII.

Pues bien, el pasado 15 de marzo del año 2008, dirigí mis pasos hacia la Calle Sacramento, en vez de hacia la Plaza de Santo Martino, y me situé en la acera opuesta a la colegiata de San Isidoro. Mi intención era la de renovar mi archivo fotográfico para usar en alguna charla que, sobre esta "santa" Semana Santa leonesa, y de vez en cuando preparo. También para tener otra visión de la procesión, y por qué no decirlo, para buscar un poco de cobijo de aquel frío que nos atizaba aquella tarde, a golpe de aire montañés y con un cielo amenazante, que quedó en aquello únicamente, es decir, en frío.



Puntualmente, la cruz y ciriales seguidos del hermano portestandarte de la cofradía de Nuestro Padre Jesús Sacramentado y María Santísima de la Piedad, Amparo de los leoneses, hizo presencia en la calle, con sus característicos capirotos altos y afilados, aunque algunos lo llevaban descompuesto, es decir, sin el bastidor cilindro-cónico que sustenta la tela para ser capirote o "cucurucho" como dicen los críos, pasando así a ser hermanos de capillo bajo, rompiendo la uniformidad de los hermanos de filas.

Parsimoniosos y lentos, muy lentos, fueron anunciando en su caminar hacia la Plaza de San Isidoro que los papones del "Sacramentado", estaban tomando las calles de León en su procesión. Poca gente por Sacramento acompañaba a los hermanos y hermanas, algo que me extrañó, puesto que el lugar es privilegiado para ver las procesiones y además en la salida del cortejo, cuando los pasos aún van bien pujados, puesto que las fuerzas están intactas. Pensé que el frío sería el motivo, aunque por la hora no me encajaba, pero bueno, cosas de León.

Tenía ganas de poder fotografiar bien a la Virgen de la Piedad y del Milagro, la de San Isidoro, la que está expuesta al culto en el ábside románico izquierdo de la magnífica Iglesia. Conseguí mi objetivo. Mientras tanto, observaba y pensaba como somos los de León para

diferenciarnos de nosotros mismos, como que tenemos que destacar unos por encima de otros, evidentemente para que los otros estén debajo, obviamente.



En fin, la cuestión se me planteó, no de un modo novedoso, al ver el modo de puja de las hermanas que con sus dos hombros portaban la Piedad Isidoriana. No es que me posicione en contra, no, eso no, ni que vista mis pensamientos y opiniones de tradicionalista, tampoco. Es que pensé, y lo sigo haciendo con mayor intensidad, que el modo de identificar una Semana Santa es unificando criterios, imitando lo que ya se ha hecho, copiando los usos, la estructura, los útiles y costumbres de aquello que ha acompañado a unas cofradías y procesiones durante casi 500 años. ¿Es malo copiar a quienes han

traído el pasado y han transmitido las procesiones de generación en generación hasta la actualidad?

Pues sinceramente, y en aquel sábado de Pasión, volví a pensar que no. Que ojalá una Junta Mayor acompañada por el buen criterio de sus componentes, es decir los abades de las cofradías de León, se plantearan el hecho de unificar el criterio de los aspectos externos de las procesiones de la ciudad, como el tambor y clarín que abrían las procesiones, la puja del paso a un hombro, las pendonetas o banderas de los pasos, elemento tan bonito y tan olvidado por muchos, y otras cosas que deberían ser los rasgos identificativos y diferenciales de la Semana Santa de la ciudad de León, como es incluso el uso de algunos términos definatorios de las autoridades de las cofradías, yo utilizo el de abad, seise y junta de seises por que es como se han llamado aquí, es lo nuestro, y porque en verdad, en los actos oficiales de esta Semana Santa, parece que hay más autoridades que en la cumbre del G20.

Volví mis ojos a la procesión nuevamente, posiblemente movido por los redobles y sonos de la banda de música de la de las Siete Palabras, que acompaña tan maravillosamente el caminar de los braceros, en este caso braceras, hay que se políticamente correcto en estos tiempos. Las notas me hacen por un momento imaginar a esta banda o a otras en su estilo, tras los pasos de palio de León, los de la Virgen Señora que en soledad o en dolor deben cerrar todas las procesiones, mecidos con ese ritmo de tambores y mimados por la

variedad de sus instrumentos de viento, ¿será tan difícil? El sueño desaparece con la respuesta de antemano, en León parece imposible.

Pasa la Piedad y su banda, y se hace patente la desolación con la escasez de hermanos, hermanitos, hermanas y hermanitas. Un único penitente de cruz formaba "fila" como nazareno crucífero. Una lástima, la verdad. Algo estamos haciendo mal si esta Semana Santa de Interés Turístico Internacional no es capaz de bucear en sí misma, en vez de sacar pecho petulante, para encontrar solución a las carencias más que aparentes que jalonan la semana más importante y divulgada de todo el calendario anual.

Y es que no nos damos cuenta de que la promoción de la Semana Santa no la hacemos bien. Podemos discutir que si hay o no carteles y folletos en Fitur, o de quién es la responsabilidad para que se lleven; sin embargo, obviamos que si deja de haber papones, y dejan de salir pasos, o salen a ruedas, con lo que eliminamos un rasgo importante de la Semana Santa leonesa; si deja de haber cofradías y procesiones; dejará de existir la Semana Santa, y perderemos la declaración de interés turístico incluso local, con el consiguiente cabreo de hosteleros e indignación de políticos de turno que sólo intentarán buscar al culpable de la deprimente situación. Que fácil sería empezar a promocionar la Semana Santa desde dentro. Que barato sería involucrar a más leoneses y a sus hijos en las cofradías y sus procesiones para perpetuar esta "santa", tradicional, cultural, turística e internacional manifestación de nuestra propia pequeña historia. Pensemos más en la promoción interna que en la asistencia a ferias, aunque evidentemente, ambos aspectos son compatibles.



Suena la Marcha Real y soy consciente de que Nuestro Padre Jesús Sacramentado ya está en la calle, y ¡cómo se escucha la Victoria! Me vienen inmediatamente los recuerdos de aquella primera procesión de este paso tan inspirado en el Santo Sepulcro que el escultor José Capuz diseñara para la cofradía Marraja de Cartagena en 1928. Y sobre todo en un comentario de un hostelero de una vacía calle Mariano Domínguez Berrueta, cuando atónito por los sonidos de

tambores, con sus cornetas, y mirando a los azules nazarenos de espigado capirote dijo, "No le han *enterrao* y ya le traen muerto".



Reconozco que pese a todo el argumento esgrimido por sabios y teólogos, sigo sin ver a un Yacente antes del Domingo de Ramos; es como si se me acabase la Semana Santa sin haberme enterado, sin haberla vivido, es como si la novedosa y vanguardista imagen pasara desapercibida, es como si viese pasar un monumento en bronce, no la representación naturalista y dramática de Cristo lacerado, golpeado y crucificado que descansa tras la muerte terrenal y comienza a despertar al igual que lo hace la primavera después del invierno.

La compenetración de los "dobles braceros" con el conjunto del paso resulta llamativa; parece que sólo existiera un mismo bloque caminando, bien armonizado y en un exquisito silencio, sólo roto por un llamador que metálicamente suena ordenando a los hermanos se dispongan para una tirada más, e inmediatamente, entraron los tambores victoriosos, y una corneta que marca una nueva marcha interpretada por la Banda de Cornetas y Tambores Santísimo Cristo de la Victoria. La "verdad" de las viejas y opuestas críticas, enmudece ante los sonidos de la banda, que con cada marcha interpretada en la procesión parecen decir: "Adiós, nos vamos". Declaro abiertamente, que es una pena que la Semana Santa de León exporte cuando no tiene excedentes. Ojalá podamos escucharos el año que viene en otra procesión más, y así año tras año, hasta que sin marcharos podáis aportar vuestro granito de arena a este León adormecido.

Pasa la banda. Se abre un hueco amplio y un vacío en la procesión que a lo lejos me permite escuchar aquellas palabras: "Arriba... al hombro" y los sonos de un Himno Nacional que honra a la Reina de la procesión, que sobre plateado trono y bajo palio azul sostenido por doce varales inicia su camino de Esperanza. Solemnemente mecido, el voluminoso palio avanza y permite ver como braceras de la Hermandad de Santa Marta y la Sagrada Cena, prestan su hombro para pujar las paponas del Sacramentado. Destaca el regusto que proporcionan al caminar de la Virgen, a veces con algún exceso, pero estamos en León, ¿quién no lo hace?

Ahora, también es bien cierto que la Agrupación Santa Marta y Sagrada Cena resulta compañera, amiga y cómplice para que las

braceras se dejen su fuerza sin apenas enterarse durante la estación de penitencia. Poco tengo que decir. "Suenan de dulce", y entre foto y foto, al manto del palio alejándose mientras entra en la Plaza de San Isidoro, me doy cuenta que paso y banda ya me han superado y las representaciones de las cofradías se sitúan a mi lado.

Cuando los pasos están alineados frente a las puertas del Perdón y del Descendimiento, me alejo observando la estampa. Lo cierto es que no me quedo porque no me gusta ver salir a las cofradías por el ensanche de la ciudad, por ese León contemporáneo que se come las procesiones y compite con la historia intramuros de calles pisadas una y otra vez por hermanos de disciplina, cruz y luz, por los braceros de los pasos, por los vecinos de León y por los leoneses venidos de la montaña, y los valles, de la ribera y el páramo, quienes juntos todos iban en las procesiones.



Sí. Salvo excepciones necesarias y obvias, no deberían las procesiones y cofradías atravesar las puertas de la ciudad regia. El entramado de rúas es tan amplio y rico, tan medieval, tan renacentista, tan barroco y tan historicista que resulta el escenario perfecto para que estas procesiones nuestras caminen por ellas. Las calles del histórico León han de ser las venas por donde fluyan los chorros coloristas de papones. Este es su espacio vital y sobre este deberían unificarse parte de los recorridos por los que las cofradías realizan su estación de penitencia. ¿Puede llamarse "carrera oficial"? No sé si ese sería su nombre, pero con voluntad todo se puede.

Con aquel pensamiento busco un bar junto a mis acompañantes. Hay que ingerir unas calorías ideadas como refresco y alimento de braceros, algo que se llamaba aloja y ahora denominamos limonada.

Entre pago una limonada yo y me dicen vamos a "matar otro judío", ... pienso: por cierto, como creo saber la etimología de la expresión y su origen en el tiempo, bastante reciente por otro lado, debería escribir un artículo sobre el tema para la revista de "tal" cofradía. A fecha de hoy el artículo no está acabado, tendrá que ser para el 2010.

Volvamos al recuerdo, volvamos a la reflexión. Volví a ver la procesión por la calle Fernández Cadórniga. Otra luz, la de los faroles urbanos permitía envolver los sentidos con otros matices, incluso la música sonaba distinta. Y sobre música, o mejor dicho, músicos, llegó mi decepción. Nunca comprenderé como se puede ser tan bueno en algo y tan malo en lo mismo.



Me explico, porque a día de hoy no salgo de mi asombro. Mientras observaba llegar el paso, magníficamente pujado por otro lado, de Nuestro Padre Jesús Sacramentado, continué deleitándome con la marcha que la banda del Santísimo Cristo de la Victoria interpretaba magistralmente. La imagen titular de la cofradía fue pasando frente a mí y se detuvo escasos metros más arriba, dejando que sus braceros descansaran después de la buena tirada efectuada. Pararon los tambores. El silencio se adueñó del espacio. Bueno, realmente quiso adueñarse, porque algo no me permitió seguir mirando al "Cristo de

bronce". Un susurro de voces en aumento constante e irreverente hizo girar mi cabeza y mirar atónito a una "banda" deshecha y a componentes de aquí a allá.

Comprendo que uno tenga que entrar al bar cofrade Balbi para descansar o lo que cada uno tenga que hacer. Pero no entiendo las charlas, los corrillos, los mimos y arrumacos de las novias y parejas, los familiares mezclados y, en fin, no entiendo el bullicio durante la procesión de una hermandad donde domina la seriedad, en una estación de penitencia en la que los hermanos y hermanas hacen voto de silencio.

No entiendo como se puede ser tan serio para algunas cosas y tan irrespetuoso para otras. Siempre defenderé el buen hacer de quienes trabajan con sacrificio por esta Semana Santa, durante horas en todo el año. Pero también expondré mis críticas a este tipo de actitudes que tiran por tierra toda esa labor. Lo peor de todo es que el recuerdo de aquel día y de aquella procesión se centra en este aspecto tan negativo. Lo siento, componentes de "La Victoria", pero

quienes estábamos viendo la procesión en aquel momento nos sentimos decepcionados. Deberíais mirar a quien tocáis, a quien lleváis delante, y mantener la compostura igual que cuando hacéis sonar tan maravillosamente vuestros instrumentos. No perdáis lo que ganáis.

Con este mal sabor de boca, fui a la Avenida de la Facultad para ver a la Cofradía del Santo Cristo de la Bienaventuranza celebrando su Vía Crucis. Los pocos hermanos participantes se perdían en tan amplia avenida. ¿Pero dónde están los papones y paponas de las cofradías cuando estas celebran algún acto o festividad que no sea la procesión principal de Semana Santa?

Buscando mi respuesta, dirigí mis pasos hacia la Calle Ancha, para tomar alguna limonada más con un grupo de amigos y ver el homenaje que hace el paso del "Sacramentado" y la banda de la Victoria, frente a la capilla del Santo Cristo, con el ofrecimiento de ramos de flores incluidos. El conjunto de la procesión venía fragmentado en "paso y banda".

No es extraño, porque generalmente el cortejo penitencial acaba así todos los años. Este fue diferente para nosotros; no finalizamos la jornada esperando la procesión en la Plaza Santo Martino, para terminar viendo a la Virgen de la Esperanza recogerse mientras los de "la Cena" interpretan el Himno Nacional y la Señora del Sacramentado se despide para el año siguiente.



Año siguiente, que es el que nos viene ahora. Ha vuelto el ciclo a su punto de origen, una nueva Semana Santa, siempre tan distinta, siempre tan monótona, siempre tan desconocida y sorprendente. Espero que mi memoria retenga todo lo bueno y aprenda de aquello que no le es grato, y quizás en un año pueda volver a recordar otros momentos vividos.

Domingo de Ramos

Recuerdos de [Luis Jesús Magaz Valdavidá](#)

Acaba de sonar el despertador. Hoy es uno de esos días en los cuales madrugar no cuesta trabajo, puesto que después de un largo año, por fin ha comenzado la Semana Santa, con procesiones, Vía Crucis, limonadas, carreras, prisas, cenas, desayunos, pasos, hombros doloridos y miradas de angustia al cielo; eso sí, con limonadas.



A punto de ser las ocho de la mañana, me preparo, dispuesto a escapar de casa lo antes posible, ya que no quiero llegar tarde, pues hoy es un día especial. Tras asegurarme de que la túnica blanca recién confeccionada está en su sitio dentro de su funda, tal y como la dejé ayer por la noche preparada, me encamino a la Iglesia de San Marcelo, donde, como todos

los años la Hermandad de Santa Marta y la Cofradía de las Siete Palabras celebraremos una Eucaristía y bendición de ramos. Aunque la ceremonia comenzará a las nueve y media, antes tengo que pasar a dejar la túnica en el museo para la procesión que comenzará después.

Ha terminado la Misa, y sin perder ni un segundo cruzo Santo Domingo hasta la entrada trasera del Museo Provincial de Semana Santa, lugar donde hemos sido convocados los braceros del paso de la Borriquilla. De camino, observo que, a pesar de faltar una hora para que de comienzo ya se ve un buen número de hermanos de palma, dos bandas y las primeras autoridades están ya acercándose a la puerta principal, lugar elegido para salir. Ha sido un año frenético.

Desde que el año pasado se fundó la nueva Cofradía para celebrar, como merece nuestra ciudad, la mañana de los Domingos de Ramos, la Procesión de las Palmas, todo fue sucediendo a un ritmo vertiginoso. Puede que esto fuera el revulsivo que hacía falta o puede que fuera simple casualidad pero, desde entonces, tanto el Obispado,

como la Junta de Castilla y León y el Ayuntamiento comenzaron a apoyar de la forma que hoy conocemos a la Semana Mayor leonesa.

Primero se adaptaron una planta y un sótano del emblemático Edificio Pallarés para que nuestra ciudad contara, por fin, con el tan solicitado y deseado museo. Después, prácticamente todas las peticiones económicas realizadas por la Junta Mayor han sido aprobadas y, por eso, por ejemplo, la nueva Cofradía, que ya cuenta con un buen número de hermanos, procedentes en su mayoría de las otras dieciséis, puede estrenar este año el nuevo paso de la Borriquilla, que procesionará a hombros de cien braceros. Hacer coincidir esto último con la apertura oficial del Museo, ha sido un acierto. Nadie parece querer perderse el día en que León es más "internacional" que nunca.

De ahí que hayan confirmado su presencia, aparte de todas las autoridades locales y provinciales, representantes de la Corona, del Gobierno y el Cardenal Primado de España. Me acerco, me coloco en mi sitio y tan sólo he de esperar a que la magnífica campana de oro, donada por el Sr. Obispo, de la orden de poner el paso al hombro. Por fin suena la campana y...



¡Vaya! Acaba de sonar el despertador. Es un fastidio que ocurra justo cuando estaba en mitad de un sueño... Bueno, al menos, hoy es Domingo de Ramos y he de darme prisa si quiero llegar a tiempo a una misa que hay a las nueve y media en San Marcelo.

Casi corriendo, como todos los años, llego poco antes de que el sacerdote haga la bendición de los ramos a la entrada de la iglesia. Después, en la Misa, el momento más original es en las Lecturas, ya que dado lo extensas que son ese día, suben al altar un representante de las Siete Palabras y otro de Santa Marta, los cuales junto con el cura, se van repartiendo los distintos personajes que aparecen en las mismas.

Acabada la Misa, y tras un buen desayuno, retorno a la Plaza de San Marcelo, donde en poco tiempo se hará la Bendición de las Palmas y dará comienzo el cortejo que subirá, acompañado por el

Ayuntamiento y el Cabildo, hasta la Catedral, con el Obispo de León a la cabeza. Recuerdo que desde que se puso a hombros la "Borriquilla" parece ya algo más una procesión, puesto que antes, su salida era tan fulgurante que más de una vez creí que diez o doce espectadores iban a acabar empotrados contra algún escaparate al dar la curva de Independencia, por no hablar del resto de la comitiva, que más parecían trotar que procesionar. En fin, parece que eso ya quedó atrás y ahora dicen que se desarrolla de una forma más solemne, comedia, *silenciosa* y formal, según establecen los cánones.



Por la tarde, voy a ver pasar la procesión del Cristo del Gran Poder a la Plaza de Santo Martino. A medida que se acerca la Cruz de Guía y se oyen los tambores de la primera banda, un escalofrío me recorre el cuerpo, pues me doy cuenta de que esto ya no hay quien lo pare, que estoy metido de lleno en la Semana Santa. Atrás quedaron los preparativos, las reuniones,

las juntas... Ahora sólo resta esperar a que haga buen tiempo y empaparme de todas las procesiones que el cuerpo aguante. Uno tras otro van discurriendo los distintos pasos de esta Cofradía ante mí, y el sentimiento que antes he dicho se va haciendo cada vez mayor y, por tanto, la necesidad de moverme en busca de la siguiente, también.

Mi próximo objetivo es ir a ver el Dainos y la salida de la Redención.



Aunque en teoría queden casi dos horas, el tiempo pasa volando, pues no hay esquina en el camino donde no te pares con alguien conocido para comentar lo que has visto, lo que verás, cotillear (algunos, yo no), hablar del tiempo que nos espera, en fin, todas esas cosas que están en mente de todos esos días "semanasanteros".

Tras lograr vadear el trecho entre Santo Martino y San Francisco, llego a tiempo de ver la salida del Dainos y entonces, apresuradamente, me dirijo a donde de verdad me gusta verla (a mí y a otros mil), que es en la Plaza de Grano. Para mí es uno de los momentos que mejores recuerdos me deja, ya que ver cómo se acerca el cortejo, mientras se escuchan los cánticos del Santo Rosario de la Buena Muerte, por la cuesta de las Carbajalas, deja indiferente a muy poca gente.

El Dainos es una de esas procesiones que te hace sentir la Semana Santa de verdad. Y no es porque sea la más espectacular, ni la que más pasos lleva, ni en la que más papones salen, ni la de más bandas. Tampoco lo necesita. Simplemente, y a lo mejor por su sencillez o austeridad, consigue lo que pocas hoy en día logran y no es otra cosa que enmudecer la calle a su paso. Hay otros momentos de esta procesión que son muy emotivos, como la bajada por la calle Ancha con los sones de La Madrugá, interpretada de forma insuperable por la banda de música de las Siete Palabras.

Bueno, creo que ahora dispondré de un momento para tomar una limonada. Me encamino al bar más cercano, la pido y mientras la tomo, empiezo a acordarme de algunos familiares de los que con tan mala leche decidieron, no hace mucho, que lo que llevábamos bebiendo toda la vida en León, de repente no reunía no sé qué



medidas de higiene y, por tanto, sentenciaron diciendo que la *mierda*, con perdón, de toda la vida era dañina para nuestra salud y la *mierda*, sin perdón, química, no lo es. No sé, tendrán razón, pero si sé que antes te tomabas cuatro o cinco y acababas feliz y bastante contento; ahora te tomas dos o tres y acabas algo contento y con dolor de estómago.

Parece que ya se oye un altavoz en la plaza. Creo que la Procesión del Santo Cristo de la Redención está a punto de salir. Tras los tres golpes de rigor a la puerta de las Carbajalas, se ponen en marcha. Alguien va describiendo con un micrófono los distintos elementos

que se van incorporando a la procesión y, tras salir el paso del Cristo de la Redención, su Titular, se hace notar una característica propia de esta Cofradía, ya que los braceros llevan horquetas para marcar el paso, produciendo un sonido y un ambiente muy peculiar, que, según dicen los mayores, te transporta a otras épocas, en las cuales esta era la forma habitual de llevar los pasos.

A continuación, puedo contemplar una de las mejores imágenes que procesionan en León: Nuestro Padre Jesús de la Misericordia. Los que hemos tenido la suerte de contemplar este *Ecce Homo* de cerca sabemos que más allá de su estampa subido a un trono y su buena factura, que ya son impactantes, lo mejor es, sin duda, la expresividad de su cara y el brillo de sus ojos. Mientras contemplo cómo se aleja por la cuesta, el último paso, una Virgen de palio, ya está saliendo, y entonces aprovecho para encaminarme a la última cita del día, para coger un buen sitio.

Se ha hecho un poco tarde, pero como no está muy lejos; llego a tiempo de asistir a lo que, quizá, sea el mejor recuerdo del día: cuando se encuentran Nuestra Señora de las Lágrimas y el Dainos a las puertas de Santa Nonia. Tras un breve pero emotivo acto, la comitiva sigue su camino, acercándose a su casa a ritmo de Soledad Franciscana.

Con esta imagen de Cristo alejándose de forma tan solemne, mis piernas y yo damos por finalizada la maratón del día, preludio de todo lo que está por venir. Creo que terminaré con otra limonada y una tapita, por aquello de reponer fuerzas...



Lunes Santo

Recuerdos de [Manuel Jáñez Gallego](#)

Puede que sea demasiado osado por mi parte acercarme a esta tribuna de papones para, más con el corazón que con el texto, narrar como discurrió el Lunes Santo del año del Señor de 2008 en León. Aún así, intentaré estar a la altura de las circunstancias y de no estarlo, os ruego sepáis disculpar que haya emborronado estas páginas, quizás con tinta, quizás con las transparentes lágrimas del recuerdo, pero eso sí, agradecido por este honor a Xuasús y la familia de horqueteros.



Es Lunes Santo. Quien no haya estado en mi ciudad cualquier primavera de pasión, no podrá saber como acaricia el rostro la gélida brisa de la tarde. Los últimos estertores del invierno han dejado su epitafio de nieve para extenderlo impunemente cuando agonice la Semana Grande. Si no es poco meritorio procesionar en estas condiciones, no lo es menos

aguardar al borde de una acera el lento transitar de papones y "pasos" por las vetustas rúas de esta ciudad de reyes y tabernas.

Si frío amaneció, frío anocheció. Abridado a medias, pues los de León al frío le llaman fresco, me acerqué a la Plaza Mayor, primer punto de este pasional peregrinar, buscando el tibio calor con el que el olor a incienso impregna el alma. Y como el que llega tarde, ni oye Misa, ni come carne, me tuve que conformar con una tercera fila, alejado del entrañable y tradicional pasamanos de los pequeños papones, alejado de aquel que un día fui y que intento recordar cada Semana Santa al vestir de túnica púrpura a mi adorada hija.

La Cruz de Guía encarando Mariano Domínguez Berrueta y frente a mí, la solemne comitiva de la Procesión de la Pasión, de negro riguroso, arrastrando su fe como un hermoso manto por la calle Plegaria, testimonio de aquella que un día, una reina terrenal ofreció

entre sollozos, arrodillada, a la Reina de los Cielos, impregnando con sus lágrimas la noble historia de esta hermosa ciudad.

Envuelta en vahos de helada temprana y monaguillos vacilantes, una Virgen de mirada tierna extiende su brazo buscando un hálito de vida para devolvérsela a su hijo, muerto ya en su regazo. Un corazón traspasado de Angustias y Soledad. Tras ella, soportando el frío intenso de la noche, plañideras de alma penitente la acompañan con sus velas, rogativas y agradecimientos cobijados en sus manos ateridas, con la mirada baja y el corazón henchido de inocencia infantil. Virgen de las Angustias y Soledad, pregón de penas.



Tras Ella, exhausto, soportando sobre el hombro nuestra cruz, con la mirada dulce como Su nombre colgando de mi alma, un Nazareno de tez morena y manos implorantes parece caminar sobre un barroco trono, meciendo Su túnica morada cadenciosamente mientras las borlas doradas del cíngulo bordan mariposas de hilos de oro en la aterciopelada brisa de la noche. Jesús Nazareno, pregón de anhelos.

Y como un epitafio tallado en la hermosura de la noche, la Piedad de Carmona derrama lágrimas de desconsuelo con el Hijo muerto en su regazo. Aquella que un día resurgió de Sus cenizas para mostrar a quien pose sobre Ella su mirada, que no hay pena como la Suya ni dolor tan evidente como el que se aloja imperturbable en las hundidas cuencas de Sus ojos. Al pasar frente a su casa, las Campanas de San Martín acicalan sus tañidos con silencios enlutados y el emblema de Minerva y Veracruz se ciñe Su corona de Reina de los Cielos. Madre de Piedad, pregón de llanto.

Me adentro en el León antiguo y sus angostas calles me llevan al encuentro de la Procesión de la Adoración de las Llagas de Cristo. Para aquel que aún sueña con las procesiones de nuestros abuelos, donde el silencio y la austeridad impregnaban cada anochecer, esta es una buena muestra y un claro ejemplo de Semanas Santas ya olvidadas. Aquellos que un día creyeron que las nuevas Cofradías no iban a aportar nada reseñable, se equivocaron, pues son algunas de

ellas –como en este caso- las que han sabido beber de las fuentes más puras.



La luna de Nisán tiñe de blanco immaculado los capirote de los Cofrades del Santo Sepulcro-Esperanza de Vida. Una sencilla parrilla sobre doce nobles hombros acoge la hermosa talla de Marín Morte, titular de la Cofradía. El Santísimo Cristo Esperanza de la Vida, sobre un lecho de azucenas, ofrece al pueblo Sus cinco llagas y es su adoración la que da nombre y sentido a este lento caminar de silenciosos penitentes, añeja estampa de recién nacida Cofradía.

Las mujeres de San Pedro del Castro, enlutadas, acompañan con el canto de Las Llagas al Cristo muerto, que comienza a despertar a la Resurrección con un leve movimiento de su mano izquierda, mientras deja tras Él el amargo llanto de las piadosas Concepcionistas, que añorarán Su sagrada compañía hasta que llegue de nuevo la Pascua. Voto de silencio para unos papones que recuperarán su voz cuando al llegar a su Parroquia de San Froilán, y con la Solemnidad que merece, besen los pies llagados de su imagen titular.

El silencio se transforma de blanco capirote a rojo capillo y la austeridad muda su añorada presencia hasta la Plaza del Grano. Allí, tras el quejumbroso tañido de las campanas del Mercado, la Cofradía del Santo Cristo de la Redención saca a su titular en solemne y sentido Vía Crucis. Arrecia el frío y el destemplado golpeo de las horquetas sobre el empedrado sacude las conciencias y



agita las almas de los allí presentes, testigos silenciosos de un acto que se prende en el corazón como una hermosa orquídea.

Catorce Estaciones para un Cristo que acomodan sobre sus hombros los hermanos de la Redención, acompañando la cadencia de sus pasos al ritmo de la oración que el pueblo exhala cual vapor sagrado. Y allí, en ese rincón tan antiguo y hermoso, con las Hermanas Carbajalas como testigos mudos de tantos momentos cofrades, se puede volver a sentir el eco del raseo de los papones que a lo largo de cuatrocientos años han escrito las páginas más hermosas de esta Semana de Pasión leonesa, legado inmemorial que los hermanos de la Redención ofrecen en todos y cada uno de los actos que organizan.

Regreso con la emoción palpitante hacia la Plaza de Regla, al encuentro de el último cortejo penitencial del día, el Rosario de Pasión. La Hermandad de Santa Marta y la Sagrada Cena, organizadora de esta Procesión, está a punto de colocar su Cruz de Guía a los pies de la Pulchra Leonina. Capillos rojos y túnicas blancas, como luceros de un alba que se presiente temprana. Rosario de tallas escondidas en el quiescente anonimato de las Iglesias de nuestros pueblos, recuperadas para mayor gloria de nuestro patrimonio imaginero por esta antigua Hermandad.



Se sienten tan humildes ambas, que sobre pequeños troncos son mecidas y veneradas, representando los Misterios Dolorosos con la serenidad que nos regala el pasado. Y de nuevo el pueblo se suma al cortejo con las manos entrelazadas y el mentón pegado al pecho, penitentes de cara descubierta y lágrimas furtivas.

Es Lunes Santo en León y parece que aún es pronto para recogerse y tarde para mirar atrás y ver como se nos empieza a escapar la Semana más hermosa del año. Cómo los recuerdos fluyen cual ríos de dichas y desdichas, de amor y tristeza... pero hay que sentir el calor de una mano hermana sobre un hombro y el frío del pavés bajo los pies desnudos para entender que en esta ciudad, la Semana Santa es y será nuestra Semana. Y ser papón, es un honor y un orgullo que he heredado y legaré a aquellos que me sucedan con el mismo amor con el que yo lo recibí.

Martes Santo

Recuerdos de [Álex J. García Montero](#)

Amor de Madre

Hoy es Martes Santo, día a la vez íntimo y familiar, de hierro y asfalto, de negro y oro, de blanco y marrón, de morado y *tau* franciscana.

Santa Nonia rivaliza con dos San Franciscos, uno íntimo y popular. Otro, barrio de periferia que se hace centro para reclamar que perdonen nuestras ofensas... para que podamos perdonar a los que nos ofenden.

Cuando cae la tarde de la vida para algunos, el que es Camino, Verdad y Vida, sale de un asilo de ancianos en la corredera alta para descender hacia el *Locus Apellationis*. Quién lo iba decir, pero cuando la vida se hace cada vez más corta dicen que más se olvida, y siguiendo el dicho, más se perdona. Bajo esas atentas miradas de personas que nos dieron todo con toda la dignidad de su vida sale Aquel que lo dio todo por no perder nunca su dignidad, la nuestra.



Sale, procesiona, el Santo Cristo del Perdón. Farolillos que indican un camino arduo, de muchos túneles y puertos, y quizás algún vagón descarrilado. Pero siempre apuntando hacia al final de Gloria. Porque así sucede con las vías de la vida y de la muerte. Se juntan en nuestra mirada, pero nunca en la meta, porque vida y

muerte, muerte y vida, siempre van por separado. La vida triunfa sobre la muerte, la Gracia sobre el pecado.

Cae el sol por San Francisco y la cruz de guía de Angustias ya está en la puerta de esa recoleta capilla, cuyo nombre evoca al pasado romano de esta Legión, que hoy sigue, como ayer, matando a Cristo entre sus murallas. Sale Angustias, con Dolor de Madre, camino del centro para mostrar trinitariamente a la Madre de Dios, bajo tres advocaciones: Lágrimas, Angustias y Soledad.

Lágrimas de las mujeres negras, aquellas que hace no mucho tiempo, estaban casi vetadas en la Iglesia blanca de los negros. Acompañan, como nadie, a la Mujer con mayúsculas. ¡Qué mejor compañía que una mujer que comprende y siente igual que la Mater Lacrimosa! Son cientos, casi tantas, como lágrimas brotan de sus mejillas rompiendo su cara de dolor.

Después, coqueta y serena, la Virgen de las Angustias. Acariciando al Hijo de Dios, sosteniéndolo en el aire, camina el paso mejor pujado de la Semana Santa leonesa, sobre trono dorado porque de oro es su pena por la carne hecha Dios sobre su regazo.

Continúa la Virgen de la Soledad de León, la imagen enlutada que recuerda a todas aquellas mujeres que guardan luto por aquellos que se fueron para reencontrarnos en otra vida, más cercana que lejana. Delante de una candelería plateada mitiga el frío de esta noche con el calor de los miles de paponos y paponas que le acompañan para que sea poca su soledad y mucha su compañía.



La procesión del Perdón llega a la Catedral. Allí un preso aguarda la salida, como el torero que muerde la esclavina del capote antes de la salida de toriles del burel de la vida y de

la muerte. Este preso desea encontrarse con la libertad. Y Él, arrodillado ante su suplicio, nuestro suplicio, otorga el perdón. Perdón hacia una persona con nombres y apellidos, que bajo el anonimato

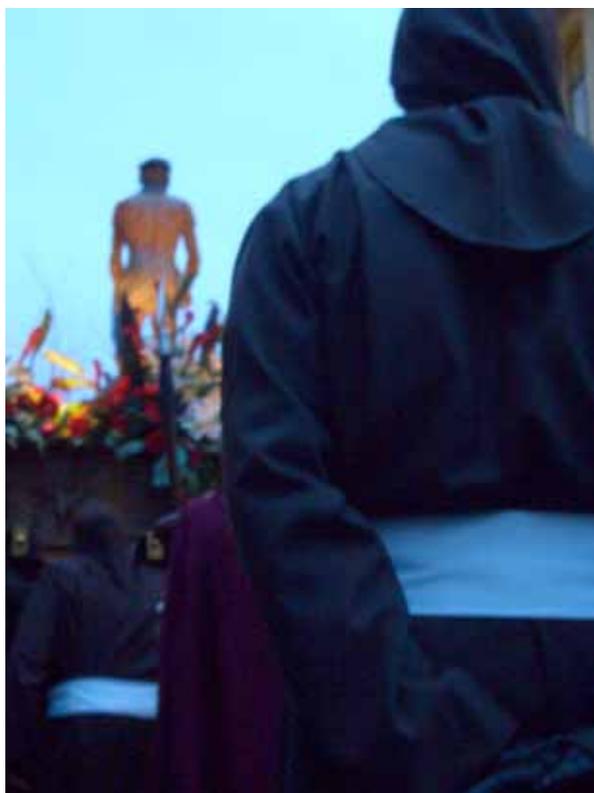
del capillo marrón, saludará a autoridades civiles y eclesiásticas, que dicen representar al pueblo de León. Y sin embargo, quien mejor representa a este Viejo Reino, es el propio reo, porque él es el que mejor comprende algo tan abstracto y tan real como el perdón. Ese sentimiento que hoy en día cotiza a la baja, como la estima de este pueblo leonés.

Mientras, la Madre tres veces aclamada como Lágrimas, Angustias y Soledad, corre para abrazarse al Hijo por el salón de plenos de un antiguo teatro, cual drama auténtico, para encaminarse hacia la Rúa, la calle más leonesa. Allí se congregan, niños, niñas, madres y padres, abuelos y abuelas para hacer de la procesión un encuentro familiar de dolor, gozo y esperanza, como la vida misma.

El Perdón camina a su templo por un centro que siempre miró con recelo a los barrios, especialmente a los más alejados de la ciudad. Y sin embargo, los hermanos ferroviarios, saben como nadie acercarse a los alejados, aunque sean moradores de la ergástula de Mansilla. San Francisco de la Vega se hace Catedral y la Catedral se hace San Francisco de la Vega.

Santa Nonia y su farolillo, prestado hoy por el Perdón, abre sus puertas y resuenan las bandas y agrupaciones. El oro se funde con el negro, los metales con el ambiente, el viento con la percusión, los pies con el asfalto... y dentro aguarda el Nazareno a su Madre para abrazarla. De la misma manera llega el Perdón a su barrio con un hermano más que desea abrazar a sus familiares con la mayor de las ansias humanas: la libertad. Previamente tendrá que pisar las últimas rejas de la vida: las traviesas del paso a nivel que separa desde hace años una, para vergüenza de nuestros políticos, y otra orilla de la ciudad.

Y no está solo, porque varios internos (que sólo son presos de amor) han llevado el estrado de nuestra libertad, el paso de la Condena de



Cristo. No hay mayor juez y mayor reo que Él. Tal vez, algún día no veamos más que la limpieza de corazón de personas que tuvieron un mal día en sus vidas. No hace falta que nos rasguemos las vestiduras, aunque sean de madera policromada.

Al final, la Madre de la Paz atraviesa la verja de San Francisco de la Vega, como todas esas madres que visitan a sus hijos cada fin de semana en tantos y tantos centros penitenciarios en el mundo. Hay otras muchas que sin embargo no pueden...

Santa Nonia vuelve al letargo del montaje de la Procesión de los Pasos y del Santo Entierro. Sin embargo, en San Francisco de la Vega amanece una nueva vida, la vida que nunca se debió truncar. Es la manera que tiene el Perdón de abrir el Sepulcro el Martes Santo, adelantándose varios días al Domingo de Resurrección. Porque todos podemos correr y mover piedras de los sepulcros que envilecen a la sociedad con pequeños o grandes gestos. Y una cofradía de barrio nos vuelve a dar todo un ejemplo de evangelio encarnado en la debilidad humana.

Santa Nonia ha sido hoy Dolor de Nuestra Madre. San Francisco de la Vega, como muestran los tatuajes carcelarios en los brazos del olvido, Amor de Madre.



Y luego, después de esta comunicación entre un interno y su libertad, tiempo para meditar toda la Pasión del Señor en un pequeño acto íntimo, con la imagen que veneraron los toreros de Madrid, el Santísimo Cristo de la Expiración. Siempre que un torero reza en la capilla de una plaza de toros o en su habitación, recrea la muerte con la vida de los suyos remediéndola en una pirueta artística de revolera hecha con el capote de la imaginación. Catorce son las estaciones que rezaron los hermanos de la Expiración dentro de su templo acompañados de los cantos de Villalobar, ese lugar de la ribera de del Esla que se hace torrente

Cedrón, para recordar año tras año, en un convento, cliché por cliché, el revelado de la Pasión del Señor en catorce fotogramas de hondo sentimiento leonés.

Porque en un tiempo no muy lejano, eso era lo que había en esta semana: disciplina, capillo, Vía Crucis y oficios. Tal vez no debiéramos olvidar que, a pesar del boato externo de esta semana, cada papón llevamos la nuestra en el corazón, nuestro templo más íntimo, inviolable mucho antes de que lo promulgara el Concilio Vaticano II. Por eso, en León presentamos a nuestros seres queridos ausentes en estas fechas... porque llegará a todas las casas el Domingo de Resurrección recordando con nuestras lágrimas, perdón y hondo penar, a aquellos que un día compartieron procesión con nosotros, pero que hoy siguen a Cristo Resucitado y a la Virgen de la Alegría en cortejo de salvífica Gloria.

Se echa la noche, me quito la túnica, y esbozo una sonrisa: "Soy libre". Mis compañeros regresan a Mansilla como el papón y la papona que llegan a casa con el cansancio andado y el deber cumplido.

Mañana empiezo una nueva vida. Voy a lavar las llagas de Cristo del Perdón, voy a buscar un buen abogado para que liberen a Cristo de su condena, voy a desenclavar al Cristo de la Esperanza, voy a sacar pañuelos para enjugar las Lágrimas del Dolor de Nuestra Madre, voy a ayudar a sostener al Cristo de las Angustias, voy a coger las manos de la Virgen de Soledad y de la Paz, voy a rezar la decimoquinta estación con el Cristo de la Expiración para que resucite ya. Quiero adelantarme en el Sepulcro a María, a María Magdalena, a María Salomé, a Pedro, a Juan... porque siento muy cerca a Cristo Resucitado... voy a ser yo, con mi cruz o mi farol, pero sin cadenas.



La tarde del Martes Santo

Sencillo Himno-Poema a la Cofradía del Santo Cristo del Perdón de León
(A don Anexio, con cariño)

Estribillo

La tarde del Martes Santo
–cuando a Cristo condenan–
sobre vías ferroviarias
sale el Perdón perdonando.

Estrofas

Gentes de Vega y Crucero,
anunciando sus faroles,
barrios de sabor añejo,
perdón y amor sus valores

Con traviesas de Esperanza
duerme Cristo sedente,
esta tarde cae y avanza,
la muerte se hace presente

Cristo redime a un preso
acusado por sanedrines.
Judas blandió su beso
¡ya se oyen los clarines!

Rodilla en tierra profunda
ante la cruz de madera
siembra semilla fecunda
para nacer primavera

En catenarias de palio
asoma paloma torcaz,
blanca como un sudario
nuestra Madre de la Paz

Fogonero del Perdón
guías el tren de la Vega,
con el hábito marrón
muestras amor y entrega.

Miércoles Santo

Recuerdos de [Carlos García Rioja](#)

Con palabras y fotografías



Es el punto medio. El central. Atrás quedan cinco jornadas penitenciales y otras tantas nos quedan aún por disfrutar. Cada mañana de Miércoles Santo, los nervios me atenazan. Suele ser éste, el día en que tomo conciencia de lo vivido y de que, casi sin darme cuenta, estaremos a las puertas de un nuevo Jueves Santo en el que –al menos así me lo parece– ya no habrá vuelta atrás. Un sentimiento muy similar al que percibo en la tarde de Dolores, cuando la salida de *La Morenica* es –ya lo he escrito en otras oca-

siones– el principio del final.

Quizá por eso, las mañanas de Miércoles Santo me gusta saborearlas con cierta soledad. Paladeando la visita a las *casetas*, la compra de algún artículo que todavía falta, los preparativos de la tarde y de los Días siguientes.

Así, cumpliendo con este ritual personal, el Miércoles me acerqué a Santo Martino, para



visitar a La Bienaventuranza. También a San Marcelo, donde pude asistir a otro *via crucis* del Cristo de los Balderas, éste de entrada a su templo, justo doce horas antes del que silencia Legio VII. Por supuesto, me dejé caer por Santa Nonia, donde se vivían los últimos estertores de la puesta a punto de Pasos y Entierro. Y, no lejos de allí, volví a admirar el nuevo trono de la Expiración y los pasos de la Amargura.

Como sucede con las tardes, con toda la Semana Santa, las mañanas encogen y apenas tenemos tiempo para hacer cuanto



queremos. Porque siempre deseamos hacer más de lo que realmente podemos. Quizá por eso, por lo que nos queda por hacer, por ver, por sentir... consideramos la Celebración parte de nosotros.



Ya avanzada la jornada, tenemos que elegir. Una obligación cada vez más arraigada que –a mi modo de ver– podría ser mucho más liviana si la disposición interna de los cortejos sufriera una profunda y drástica reorganización. Pero esa –es cierto– es otra *canción*...

Agonía, Amargura y Silencio comparten la tarde, como Perdón, Desenclavo y Siete Palabras lo hacen con la noche. Es ésta, sin duda, la jornada de mayor actividad y también la que más se adentra en la madrugada. Igualmente, la que más actos –al margen de procesiones– tiene en la calle. Un día peculiar y distinto este Miércoles Santo.

Y ya entrando en el capítulo de recuerdos, a quien escribe, la memoria le devuelve algunos gracias a las fotografías que repasa una y otra vez. Y es que gracias a esa creciente afición por captar imágenes de nuestra Semana Mayor, el olvido tiene cada vez más acotado su territorio.

Por eso, en estos *Recuerdos* de 2008, quiero entremezclar la palabra y la imagen, tratando de fundir en uno sólo –el del Miércoles– la venia del Vice Abad de Minerva en las Carbajalas, la salida de la Amargura, la recuperación de la antigua Piedad *de serie*, el Medinaceli procesionando con su nuevo trono, tal y como días atrás lo



hiciera su hermano Dainos, la Agonía que bajaba la Ancha mientras Minerva aguardaba en Berrueta, al tiempo que el Silencio deambulaba por el centro... De aquí a allá. Sin detenerme. Para conseguir la imagen perfecta, el momento justo, para intentar atrapar el Miércoles Santo en un puñado de fotografías como las que acompañan a estas letras.



Después, sin apenas probar bocado, sería el turno de visitar fugazmente La Vega – apartada por completo del maremágnum procesional del Día– para regresar a toda prisa a Santa Marina y seguir hasta San Marcelo y *jurar* también –por qué no–

silencio junto a las Siete Palabras, para seguir escuchando a Gerardo Boto y continuar acompañando al Balderas por el viejo empedrado del Mercado...

Ya al filo de *La Madrugá*, con el alma desgastada y el cuerpo roto, los espectros se irían en medio de la quietud de la noche a descansar sólo un rato. Porque el Miércoles Santo había durado tan poco, tan poco, que ya estábamos de lleno en un nuevo Día, el del Amor Fraterno.



Jueves Santo

Recuerdos de [Antonio Alonso Morán](#)



La Semana Santa leonesa ha ido ganando en intensidad; en la memoria quedan los recuerdos del Viernes de Dolores con la *Morenica* mecida por sus hijos del Barrio del Mercado.

Sábado de Pasión, fusión de tradiciones andaluzas, zamoranas y leonesas.

Domingo de Ramos, de Palmas, de Dainos señor buena muerte y de horquetas y silencio de Nuestro Señor Jesús de la Redención.

Lunes Santo, campanas tañen a luto en la Plaza del Grano, sale el Señor de la Redención. Santa Nonia, himno de reyes, sale el Nazareno, olor a incienso y cera.

Martes Santo, Perdón y Dolor de Nuestra Madre Todopoderosa.

Miércoles Santo, Amargura, Silencio y Miércoles de Vía Crucis para dar paso a...

Jueves Santo

El día amanece, los primeros rayos de luz se cuelan por las rendijas de todas las casas, acarician las túnicas que aguardan en una percha para ser puesta por los papones en los días grandes de la Semana Santa Leonesa.

A primera hora abandono mi casa, me dirijo a la Plaza del Grano; qué paz, cuando llego está silenciosa, ni un alma por la calle, paseo por la plaza y calles adyacentes, son momentos de interiorización, de oración de preparación para los días que vamos a vivir.

A lo lejos se empieza a oír el sonido de tambores, se acerca la procesión del Cristo de la Bienaventuranza, despacio; me aproximó a la calle Fernández Cadórniga, lanzo la vista hacia la Calle Zapaterías, la cual aparece vacía. Poco a poco, el sonido del tambor se hace más intenso y los lamentos de las cornetas empiezan a llegar con nitidez. Embocando la calle aparece el guión de la Cofradía del Santo Cristo de la Bienaventuranza. Poca gente esta viendo la procesión, lo que me sirve para que pueda contemplar el cortejo procesional sin ningún tipo de distracción. Cinco pasos, pocos braceros que intentan llegar a su parroquia...



Termina de pasar la procesión; mis pies me dirigen hacia el jardín de San Francisco, el colorido cambia totalmente, el empedrado y los edificios del Viejo León, dan paso a una amplia avenida jalonada en sus lados por dos respectivos jardines con grandes árboles, que con su hojas verdes me recuerda que el invierno ha terminado y la primavera comienza. Los sonidos son diferentes; atrás quedaba el silencio de unas calles vacías por donde pasaba la procesión a una calle rebotante de gente por donde aparece de nuevo el cortejo de la Bienaventuranza.

Mientras esta transcurre por el Jardín de San Francisco, aprovecho a entrar en Santa Nonia; la gente ha salido a ver el cortejo procesional



y esto me permite poder contemplar la exposición de los Pasos sin las aglomeraciones que empezará haber cuando termine de pasar la Bienaventuranza.

Rebaso el quicio de la puerta, un olor penetrante a incienso y flores frescas recorre todo mi cuerpo; sin dilación e impulsado por una fuerza que sale de mi

interior me presento enfrente del Nazareno; mi mirada se pierde entre su mirada, cierro los ojos, recuerdo vivencias, se desgranar por mi mente miles de sentimientos, una lágrima brota de mis ojos en recuerdo de seres queridos, que la providencia ha querido que le acompañen a Él en el balcón del Cielo para contemplar la Saca de Jueves Santo.

El murmullo de la gente hace que abra los ojos y me dé cuenta de que la procesión ha terminado, y que la saca retoma sus quehaceres. Un ruido seco contra el suelo provocado por una horqueta y una voz grave pidiendo una limosna para Jesús Nazareno se oye de nuevo. Poco a poco la capilla se va llenando, los comentarios de las personas, el de todos los años, que bonito es el adorno... que rostro tiene el Nazareno... qué tristeza tiene la imagen de la Soledad... ese trono lo ha reformado...

Este año, al ser par, el Entierro lo organiza la Cofradía de Nuestra Señora de las Angustias y Soledad, lo que nos permite ver en el mismo entorno toda la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo, veintitrés pasos, veintitrés escenas de la pasión, que hace que tengamos ante nuestros ojos una catequesis plástica única. Salgo de la Capilla y veo a unos cuantos muchachos del Grupo de Montaje, los cuales están dando los últimos detalles de limpieza, arreglo floral... en los tronos e imágenes.

Qué labor tan importante realizan estos hermanos, y es de ser buen nacido agradecerles el trabajo que realizan durante todo el año y en especial en los diez días de la Semana Santa. En este sentido quiero tener un recuerdo a un hermano que ya no se encuentra entre nosotros, pero desplegó un gran amor hacia las Semana Santa leonesa, ya que a parte de montador de Angustias, ayudó a muchas Cofradías.

In Memoriam a Roberto Rozada González.

Dejo Santa Nonia atrás y me dirijo sin demora al Pregón a Caballo de las Siete Palabras, acto que aunque lleva pocos años en la Semana Santa leonesa, ha sabi-



do integrarse con toda la solemnidad, ¡que bien ha sabido trabajar esta Cofradía! 46 años de historia, pero ha sabido sacar toda la esencia de nuestra Semana Santa.

La hora de la comida se acerca, los bares y restaurantes están llenos, limonada en todos los vasos. Son las tres de la tarde, la plaza de la Catedral se encuentra con poca gente, mirada a la Pulchra Leonina, y a su izquierda, como si de un retablo se tratara, el paso de la Sagrada Cena, ¡que maravilla! Trece imá-



genes sobre una carroza ricamente labrada, sencilla y austera como el carácter de esta tierra. Me sitúo en el centro del trono, lo que me permite tener una perspectiva de todo el grupo escultórico. La imagen de Nuestro Señor, qué serenidad tiene, ante los momentos mas duros que le tocaría vivir...

Son las 19:30 horas, la calle Corredera es un hervidero de gente esperando a que las hermanas de verde y negro hagan su salida. Despacio, pero muy solemne, va saliendo la procesión del interior, entre paso y paso multitud de hermanas de esta penitencial participan de hermanas de fila, qué bonito, hacía tiempo que no se



veía una multitud de hermanos formando filas entre los pasos, tradición que la gran mayoría de cofradías de León ha perdido.

Termina de pasar la procesión y es momento de dirigirse a la Calle Ancha, la Procesión de la Cena esta a punto de salir. Llego a la Calle Ancha y como está, no cabe

ni una persona más, es un mar de gente en el cual la procesión surcará las aguas formadas por fieles, curiosos y turistas. Cuatro escenas de la Pasión pasan ante mis ojos, a nadie nos deja indiferentes, qué sensaciones trasmite esta Cofradía, blanco de esperanza, blanco eucarístico y rojo, sangre de Pasión y Muerte.



Aparece el Cristo de la Cena, rodeado de sus discípulos, qué serenidad, qué sosiego, qué paz trasmite esta imagen. Con un nudo en el estómago por las imágenes vistas me dirijo a la Catedral; la



puerta del Seminario es el sitio elegido, ya que por un lado puedo ver de nuevo la Procesión de María al Pie de la Cruz que desemboca de la calle Mariano Domínguez Berrueta, dirección a la Calle Ancha y por Puerta Obispo aparece la Cofradía del Cristo del Gran Poder para realizar el acto de la Despedida.

Sin esperar a que pase el cortejo me dirijo a cenar con familiares y amigos, pero ya no es sólo la reunión entre estos seres queridos, sino que esta cena es especial, ya que como cristianos recordamos la Última Cena de Nuestro Señor.

Acabada la cena. Voy al encuentro de la Procesión de las Tinieblas y Santo Cristo de las Injurias. Llego a la Plaza de Santo Martino, es un momento único de la Semana Santa leonesa, y muy pocos lo conocen. En esta plaza casi en penumbras, con muy poca gente contemplando la carrera de la procesión, ver aparecer al Cristo de las Injurias, te deja sin habla, ¡qué imagen! Cuánto dolor. Este Nazareno transmite devoción, dolor..., no te deja indiferente. El silencio, la oscuridad, el sonido de los tambores destemplados, matracas y carracas nos trasladan al León del siglo XVII. Que bonito sería ver esta procesión al paso por San Isidoro sin ninguna luz, sólo la luz de los hachones.



Y llega el final de la noche y, después de rezar al Cristo de la Injurias, me dirijo a la plaza de San Marcelo. Una multitud de personas se agolpan delante de la fachada Consistorial. A las doce en punto, ni un minuto más ni un minuto menos, como se lleva realizando casi cuatrocientos años, una voz desgarrada grita:

¡Levantaos, hermanitos de Jesús, que ya es hora!

Los toques de la Ronda es el punto y final del Jueves Santo y el comienzo de un nuevo Viernes Santo.

Viernes Santo

Recuerdos de Víctor Manuel Arteaga Tejerina

Llegó como llega siempre

*Amanece Viernes Santo,
ya Santa Nonia se abre.
¡Paso triunfal a la Reina
que sale para la calle!
Paso corto y muy solemne.
¡Mucho cuidado, bracero,
que llevas sobre tus hombros
la Soberana del Cielo!
¡Que no se mueva una vara,
que no se caiga una flor,
que la Virgen va siguiendo
a Jesús, el Redentor!
Calle arriba, calle abajo,
¡Ay mis calles de León!
El dolor y la belleza
tiemblan en mi corazón.
¡Ay, desfile de "Los Pasos",
tan cargado de emoción!
¡Tú eres la rosa, Señora,
de toda la Procesión!*



Amanece Viernes Santo y los versos del que fuera Cronista Oficial de la Ciudad de León, Máximo Cayón Waldaliso, me despiertan lentamente. Con el cuerpo aún dolorido por la procesión del Jueves Santo y el cansancio acumulado de la semana más larga del calendario leonés me levanto y miro por la ventana en un acto involuntario. Parece que el tiempo nos va a respetar y que las procesiones de uno de los días más esperados por los papones leoneses, lucirán en todo su esplendor.

Hoy es día de procesiones con mayúsculas, es día de no perderse ningún detalle, es día de captar con la cámara esas fotos que se vuelven recuerdos, es día de carreras, de atajar

para ver la procesión en esta calle, y en la siguiente... hoy es día de Semana Santa, es Viernes Santo.

Como quien escribe estas líneas es papón de Jueves Santo, debéis disculparle por no acudir a la ronda que anunciara: *¡Levantaos hermanitos de Jesús, que ya es hora!*, ni al Encuentro entre La Dolorosa y San Juan ante la mirada del Nazareno en la Plaza Mayor. Quien ahora escribe sus recuerdos de Viernes Santo decidió descansar un poco más para poder contemplar el devenir de las procesiones por las calles de este antiguo reino.



A las once y media, listo para ver la Procesión de los Pasos y con cámara de fotos en mano, me dirigí a la calle Ancha. Si mis cálculos no fallaban, la cabeza de la procesión estaría llegando a la desembocadura de la calle del Cid con la calle Ancha. Un olor a incienso y un sonido de tambores me anunciaron que ciertamente no estaba equivocado. Atajando por la calle Cervantes y las pequeñas callejuelas del Cid me encontré con la cruz de guía y el guión de la Cofradía del Dulce Nombre de Jesús Nazareno.

Como la procesión traía un lento caminar y yo no tenía mucho tiempo porque a la una debía estar en un balcón de Burgo Nuevo para ver la procesión desde otro ángulo, decidí dirigir mis pasos hacia Santo Martino, para contemplar los pasos más de cerca y mezclarme entre tanto papón de túnica negra. Unas cuantas fotos, algún que otro saludo con algún bracero conocido, más fotos... Entre instantánea e instantánea pude comprobar como las familias se acercaban con los más pequeños para sacarse una foto y me vinieron a la cabeza esos versos, de nuevo de Máximo Cayón Waldaliso, que dicen:

*La anciana se rompe en lágrimas al pasar el Nazareno.
Lágrimas que son poema de cariño y de consuelo,
porque lo pujó su padre, y su marido, y su abuelo,
y ahora lo puja su hijo con el mismo sentimiento.*

Cuando el Nazareno reanudó su marcha me dirigí, de nuevo a carreras y evitando el recorrido de la procesión, a la carpa que la Cofradía de las Siete Palabras de Jesús en la Cruz había instalado en

la plaza de San Marcelo. Una visita rápida para ver todos los pasos, y en especial la Sexta Palabra, que este año procesionaría por primera vez. Sin tiempo para más me di cuenta de que ya pasaban cinco minutos de la una y a toda prisa me dirigí a Burgo Nuevo donde un balcón, como cada año, me esperaba para contemplar la procesión.



Al abrir la ventana, ya se distinguían los sones de la Banda de Música de las Siete Palabras, que acompañaba con sus melodías a los pasos de la Oración en el Huerto y el Prendimiento. Al tiempo llegó la Flagelación con la Agrupación Musical de Angustias, y la Coronación, que este año estrenaba trono. Detrás, el Ecce Homo y la Agrupación Musical del Dulce Nombre que precedía al Nazareno. A su paso, miles de miradas, y es entonces cuando los versos de José María Gabriel y Galán se hacen plegaria.

*Quando pasa el Nazareno
de la túnica morada,
con la frente ensangrentada,
la mirada del Dios bueno
y la soga al cuello echada.*

*El pecado me tortura,
las entrañas se me anegan
en torrentes de amargura,
y las lágrimas me ciegan,
y me hiere la ternura...*

*¡Oh, qué dulce, qué sereno
caminaba el Nazareno!*

*¡Cuán suave, cuán paciente
caminaba y cuán doliente
con la cruz al hombro echada,
el dolor sobre la frente
y el amor en la mirada!*

Al Nazareno le sigue la Verónica y el Expolio acompañados de la Banda de Cornetas y Tambores de Minerva y, tras ellos, la Agrupación Musical del Santo Sepulcro poniendo música al mecer de la Exaltación y la Crucifixión. El Cristo de la Agonía que tallase

Laureano Villanueva a golpe de gubia en 1973, acompañado en este caso por la banda de la Cofradía. Por último, San Juan, la Banda de Música de la Cofradía y, cerrando, el paso de la Dolorosa.

Una hora y media durante la cual transcurrió el cortejo procesional, tiempo en el que ante mis ojos discurrieron trece grupos escultóricos, siete bandas y más de cuatro mil papones.

Al acabar la procesión, aunque ya era tarde, nos dirigimos a tomar la limonada de rigor.

Ya por la tarde, y sin tiempo para descansar un poco y dormir la siesta, me dirigí a ver la salida de la procesión de las Siete Palabras. Aún me quedaba el plato fuerte de la Semana Santa, la Procesión del Santo Entierro, pero era mejor esperar un poco y verla una vez hubiera anochecido.



Posiblemente no haya mejor marco para ver pasar la Procesión de las Siete Palabras que en la calle Ruiz de Salazar entre Botines y la Diputación. Y allí me aposté yo con mi cámara esperando a que las túnicas rojas, las capas negras y los capirotos blancos inundaran la calle.

Tras la sección de caballería de la Cofradía, el guión de la Primera Palabra, a la espera de un grupo escultórico que refleje *"Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen"*. Después, los seis pasos que representan las restantes seis palabras de Jesús en la Cruz, y las respectivas bandas que las acompañaban.

A ruedas, la Segunda Palabra: *"En verdad te digo: hoy estarás conmigo en el Paraíso"*, y la Tercera: *"Mujer, he ahí a tu hijo; hijo he ahí a tu madre"*. A hombros la Cuarta: *"Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?"*, la Quinta: *"Tengo sed"*, y el estreno de este año, la Sexta Palabra: *"Todo se ha consumado"*, magnífica obra del imaginero Manuel Martín Nieto en la que María y María Magdalena se encuentran al pie de la cruz ante un Cristo a punto de expirar.

Cerrando la procesión, el Titular de la cofradía, la Séptima Palabra, *"Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu"* acompañado por la Banda de Música la Cofradía.



Cuando cayó la noche me dirigí a la plaza de Regla para ver el paso de la Solemne Procesión del Santo Entierro ante la Catedral. Como el frío de León arreciaba mucho, decidí seguir la procesión por Cardenal Landázuri, y después atajé para llegar al descanso en Santo Martino. Como había hecho por la mañana, era el mejor lugar para sacar algunas fotos, para mezclarme entre tanta túnica negra, y para charlar con algún papón conocido. Mientras iban llegando los pasos me fui a tomar otra limonada, y después contemplé la reanudación de la marcha. Tras la salida de La Soledad, me tomé la

penúltima limonada del día y me dirigí a la Rúa, para ver el paso de la procesión.

Pasaban de las doce de la noche, y el cansancio hacía mella en los braceros, pero esa calle tiene algo especial en Semana Santa al ver discurrir por ella las procesiones. Ante mí desfilaban los Atributos que tallara Santos de la Hera y, seguidamente, La Sagrada Lanzada. Tras ellos, el Santo Cristo en su imponente trono en madera y plata. Os confiesa este papón que no hay Cristo Crucificado en León que le conmueva más que este. Como alguien anónimo escribiera en el siglo XVI:

*No me mueve mi Dios, para quererte
el cielo que me tienes prometido
ni me mueve el infierno tan temido
para dejar por eso de ofenderte*

*Tú me mueves, Señor, muéveme el verte
clavado en esa cruz y escarnecido
muéveme ver tu cuerpo tan herido,
muéveme tus afrentas y tu muerte.*

*Muéveme, en fin, tu amor, y en tal manera,
que aunque no hubiera cielo, yo te amara,
y aunque no hubiera infierno, te temiera.*

*No me tienes que dar porque te quiera,
pues aunque lo que espero no esperara,
lo mismo que te quiero te quisiera.*

Lentamente la procesión continúa, y pasa la Virgen de las Angustias, el Camino del Sepulcro, la Consolación de María y el Cristo Yacente de Ángel Estrada. La Agrupación Musical de la cofradía da paso a la Urna y, tras ella, San Juan y la Soledad.

Junto a los pasos, un sonido envuelve la procesión; las bandas que acompañan a los diferentes grupos escultóricos ponen la nota musical a un ambiente que sobrecoge a cualquiera.

A estas alturas de la procesión, ni siquiera las autoridades civiles, militares o eclesiásticas permanecen acompañando el cortejo y pocos espectadores han podido con un frío de justicia, pero un papón de acera como yo se resiste a decir adiós a este Viernes Santo y acompaña la procesión hasta San Francisco intentando no perderse ningún detalle.



Y de este modo terminó, un año más, mi Viernes Santo desde la acera.

Nadie puede negar que pasado el Viernes Santo se nos va una parte de la Semana Santa pero, a pesar de que ya va una semana desde que La Morenica salió a las calles de León, aún nos quedan dos días de intenso sabor a Semana Santa porque sólo hay una semana en León que dure diez días... su Semana de Pasión.

*Llegó como llega siempre y León lo esperaba,
para que fuera como siempre sonaron las mismas marchas
y a su son se derramaron la armonía y la elegancia.
Llegó como llega siempre el Viernes Santo y León lo esperaba,
y se fue... sin que León quisiera que se marchara.*

Sábado Santo

Recuerdos de [Xuasús González](#)

Un frío –y nevado– camino hacia la Resurrección

Hablar de *Recuerdos* y de Sábado Santo a un tiempo, hace necesario confluír en una misma idea: cansancio. Y es que comprenderán, pacientes lectores, que después de unos cuantos días viviendo a un ritmo demasiado apresurado, las fuerzas ya no acompañan como deberían...



Serían, más o menos, las once y media de la mañana del 22 de marzo de 2008. Sábado Santo. Y el despertador se empeñaba en que ya era la hora. Había que ‘aprovechar’ lo poco que quedaba.

Y así lo hicimos. No habría pasado ni siquiera una hora cuando nos encontrábamos ya en la calle, camino de Santa Nonia para ver los últimos ‘coletazos’ del desmontaje del Viernes Santo.

No hizo falta llegar. A nuestro encuentro vinieron algunos tronos, y hasta el mismísimo Longino, que se despedía de León hasta el próximo año par, en el que vuelva a corresponder a Angustias la organización del Santo Entierro.

Llegamos –ahora sí– a Santa Nonia, y tras comprobar como la ‘normalidad’ iba poco a poco ocupando su lugar, decidimos anticiparnos a las procesiones que iban a ser protagonistas por la tarde y acercarnos a seguir de primera mano los preparativos. Merece la pena.

En el patio del Colegio Virgen Blanca –y que muchos seguimos conociendo como La Filial– disponía Jesús Divino Obrero todo lo necesario; El Sepulcro hacía lo propio en la plaza de Regla, ante

nuestra Catedral; y el Desenclavo ultimaba detalles en el patio del Colegio Leonés San Isidoro, puerta con puerta con su sede canónica.

Aquí compartimos impresiones con el imaginero que dio *vida* al Titular del Desenclavo, Manuel López Bécker, que nos fue haciendo partícipes de un sinfín de curiosidades.



Y llamó especialmente nuestra atención la cantidad de joyas que la Virgen del Desconsuelo –que, por cierto, estrenaba vestimenta– llevaría consigo en su procesionar. Y es que la devoción de los fieles, aunque muchas veces no nos demos cuenta, es mayor de lo que imaginamos.

Y así, tras las oportunas limonadas, llegamos al final de la ‘puesta a punto’ matinal, haciendo un breve receso para comer, en el que no hubo tiempo, ni tan siquiera, para una necesaria siesta.

Preparados ya para una intensa tarde-noche, era el Desenclavo el encargado de abrir la jornada procesional. Así, con la iglesia de Santa Marina la Real a nuestras espaldas, aguardábamos impacientes –y, cada uno a su manera, tratando de combatir el intenso frío– a que la cofradía iniciara su marcha.



Rondaban las 16:50 h. cuando la ronda de la cofradía anunciaba que daba comienzo ya la procesión. Este sería, además, el cuarto año consecutivo en que el Desenclavo trataría de recorrer un itinerario que, a causa de las inclemencias metereológicas, aún no había podido completar.

Tras la representación –banda incluida– de la Cofradía de la Vera+Cruz y Confalón de Astorga, con la que el Desenclavo está hermanada, ocupaban su lugar en la procesión los tres pasos del cortejo: la Urna –pujada mayoritariamente por

braceros de la Bienaventuranza–, el Santo Cristo del Desenclavo y la Virgen del Desconsuelo.



Acompañaban a los pasos las bandas de la Bienaventuranza, Tres Caídas de San Andrés y la de Música de Jesús respectivamente. Y quede para el recuerdo, también, la Banda del Desenclavo, que éste año ya no procesionó, pues el 9 de febrero tocó –al menos por el momento– sus últimas notas.

Poco después de salir el cortejo, comenzaba –aunque aún tímidamente– a nevar. Sin duda una jornada, la del Sábado Santo, que últimamente no tiene suerte con el tiempo.

Tras pasar sobre las 17:30 h. por el convento de las Clarisas y escuchar sus hermosos cantos –entremezclados, lástima, con el sonido de las bandas–, prosiguió la procesión hacia San Isidoro para celebrar el acto central de su procesión: el Desenclavo de Cristo.

Se pretendía adelantarle en el tiempo para evitar interferir con los actos de la basílica. Con la Cofradía del Pendón de San Isidoro presente, y entre los cánticos de la Coral Isidoriana, procedieron a desenclavar a Jesús de la Cruz para ser colocado en la Urna.

Ante la Cruz fue situada la Piedad que les cede la parroquia de San José de las Ventas y, ahora sí, el cortejo siguió su curso, momento en que decidimos acudir al encuentro de otras procesiones.

Ante la Catedral se encontraba la Cofradía del Sepulcro. Seguía nevando. Y aprovechamos para comprar un paquete de pilas, para no dejar sin *recuerdos* fotográficos a nuestros lectores.

La procesión del Camino de la Luz se dirigía hacia su templo, San Froilán, para finalizar la jornada con la Vigilia Pascual. Muchos niños –algunos hasta con tambores de juguete (algo tendrá la música, que tanto atrae)– formaban parte del



cortejo, un desfile al que acompañaba, a su vez, el Grupo San Pedro del Castro de Puente Castro.



El Sepulcro, a lo largo de su procesión, hace entrega del fuego que lleva en el paso El Hombre Nuevo a la iglesia de San Martín y a las Concepcionistas para la celebración, en dichos templos, de la Vigilia Pascual.

Decidimos presenciarlo en el primero de ellos. Allí, con el paso en el suelo, y tras sendos discursos de Argimiro Alonso – párroco de San Martín– y Amando de la Puente –maestre del Sepulcro–, se procedió a la entrega literal de una *chispa* del fuego.

Nos dirigimos después de nuevo a la Catedral, donde se encontraba ya la Soledad de Jesús Divino Obrero. Y desde allí, por culpa de la dichosa nieve, la Real Hermandad decidió acortar su recorrido por la calle Sierra Pambley para dirigirse de vuelta a su barrio.

No lucieron como debían los estrenos de la hermandad de El Ejido para este año, la imagen de Nicodemo que acompañaba al Cristo de la Paz y la Misericordia, y el trono de la Soledad en el cincuentenario de su imagen.



Una vez recogida apresuradamente la procesión, nos encaminamos a buscar, de nuevo, al Sepulcro. Pero no lo encontramos. Y eso que seguimos su itinerario hasta la puerta misma de la iglesia de San Froilán. Y ni rastro de sus pasos.

Supimos luego que, ante el convento de las Concepcionistas, y una vez entregado allí el fuego, la cofradía decidió suspender la procesión. Nevaba copiosamente. Y, allí mismo, ‘desmontaron’ las imágenes y se llamó a los trabajadores municipales para que se llevaran los tronos.

De esta manera, aunque de forma no habitual, finalizaban las procesiones del Sábado Santo. Pero no así la jornada, puesto que el objeto de la procesión del Sepulcro no es sino la antesala de la celebración de la Vigilia Pascual en su templo.

Y ésta sí se celebró. Eran las 23:00 h. y aún nevaba. A las puertas de la iglesia, ardía el fuego que habían traído del paso El Hombre Nuevo. Y de esas llamas, encendió el cirio pascual el párroco, José Alonso, con el que daba comienzo la celebración del momento central de nuestra fe: la Resurrección del Señor.



Con la iglesia llena, y con la presencia de un buen número de hermanos –muchos con medalla y algunos, incluso, aún con túnica– se ponía el punto final a la Vigilia, no sin que antes el maestro honorario, José Antonio Fresno, felicitará las Pascuas a los presentes.



Para despedir el día, la cofradía invitó a todos los fieles a 'vino y pastas' en el salón parroquial, cita a la que no faltó una nutrida representación del Desencravo. Bonito gesto de hermandad.

El reloj marcaba las 0:25 h.
Cristo ha resucitado.
Aleluya.

Domingo de Resurrección

Recuerdos de [Jorge Revenga](#)



Antes de poner el pie en el suelo lo primero que pensé es que la procesión no iba salir. En realidad hasta me hubiera gustado que no saliera, que la nevada que ayer por la noche caía inmisericorde, hubiera sido capaz de detener el tiempo y el espacio, que esa mañana y todas las mañanas a partir de esa, fueran otro nuevo Domingo de Resurrección eterno. Al fin y al cabo, si la Semana no acabase, podríamos seguir sintiendo todo bajo nuestros capillos. Pero no podía ser.

Cuando me asomé a la ventana, el cielo más azul que ningún día de los nueve que ya habían transcurrido me indicó que Jesús Divino Obrero iba a cumplir un año más con la cita que tiene con la historia. Eso sí: Era un mañana de primavera en la luz y del invierno más crudo en la temperatura.

Con el cuerpo medio maltrecho por los excesos de tanto madrugón y tanto trasnoche (la Semana no tiene reloj, ya lo sabemos) dirigí mis pasos hacia El Ejido. Allí –seguro- estarían los hermanos albimorados sonriendo sin parar. Y así fue. A las nueve menos cuarto en punto, se puso en marcha la Cruz de Guía, y comenzó –raudo y veloz- el último día; ni siquiera la temperatura invitaba a que la procesión fuera más despacio.

Los tambores y cornetas de las bandas, los metales y percusiones de la Agrupación, mandaban en los pies de los



hermanos quienes, sin posibilidad de detener el tiempo, iban acercándose hacia la Catedral.



Presenciar la salida del último cortejo tiene algo mágico: por la esquina hacia San Pedro, van desapareciendo uno a uno, la Cruz de la Esperanza, San Juan, Las Tres Marías y muy pronto, como saliendo de su escondite y por el lado contrario, comienza a moverse el Resucitado. Cuando la cola de uno y otro pedacito de procesión confluían ante nuestras caras, quienes atajábamos necesitamos tomar un café bien caliente. Y así lo hicimos en un bar papón: Los Claveles.

Apenas nos detuvimos cinco minutos, ya que queríamos observar la subida de los paso hacia la de Regla y, a ser posible, disfrutar con la soledad del Resucitado en la Plaza Mayor. No pudo ser. Las bellas imágenes que nos mostraba el paso de la procesión ante el Obispado y si contemplación cuasi mística, hizo que llegáramos tarde a la plaza de abastos. Pero no importó. El resucitado embocaba Sierra Pambley cuando nos pusimos a su lado. Muy despacio –este tramo sí parecía que el tiempo no corriera- hicimos la entrada en la Plaza de la Catedral y observamos cómo absolutamente todo y todos los que allí estaban, esperaban ansiosos el momento de celebrar la resurrección. Ante nuestros ojos había un cuadrado perfecto en el que las aristas las formaban hermanos de las Siete Palabras, de Santa Marta, de Jesús, de Jesús Divino Obrero y del Gran Poder; unos, con cruces; los otros con los instrumentos; todos, con la ilusión de estar en la última procesión de la semana.

Muy pronto, un hermano se encaramó al trono de la Soledad y, queriendo prolongar los minutos, cambió muy despacio el luto por luz.



Mientras, el hermano Magín, cuya voz ya es un elemento más de ese domingo, dirigió a los leoneses unas palabras que resumen, con el corazón, el misterio de la Resurrección.



Cuando, para finalizarlas, comenzó a recitar el *No me mueve mi Dios para quererte...* todos queríamos que se detuviera pero, de inmediato, al acabar, cientos de palomas tomaron el cielo de esa plaza, las cornetas del Divino Obrero comenzaron a tocar con fuerza, todos los pasos a mecerse al ritmo de la música y todos los presentes a ver ante nuestros ojos el final de la Semana, entre sonrisas, entre recuerdos, entre lágrimas y entre sueños.

Ni siquiera sirvió de consuelo el cumpleaños de la Soledad, a quien todas las bandas le rindieron honores, tocando una marcha cada una. Sobre las once menos cuarto, se rompió la formación. A esa hora, algunas bandas marcharon en ordinaria y nos convocaron para las doce y media a acompañar, un poco más, la procesión más vista de El Ejido.

San Isidoro, sobre la una de la tarde, presentaba un aspecto bello. Allí habíamos dirigido nuestros pasos tras la misa. Y allí escuchamos, como una obligación más, una salve que de cerca sonaba quizás un poco desafinada pero que, de lejos, nos quiso decir que muy pronto, y un año más, los tronos habría que dejarlos dormir. Sin prisa pero sin pausa, volvieron a pasar ante nuestros ojos, capillos caídos, capirotos en la mano, estampas de La Soledad en la bocamangas –este año pintada- y poco a poco, teniendo por testigo la estatua de D. Antonio –hay quien se niega a llamarla de otra forma- la procesión se esfumó



con la misma rapidez que las humaredas que salen de los incensarios que, antes e llegar a nuestras cabezas, han desaparecido en el aire.



Fue un Domingo de Resurrección, con una primavera recién estrenada. Fue una mañana del mes de marzo. Fue la belleza de un Encuentro más. Fue la tristeza de un final. Ni siquiera el cordero lechal que comimos más tarde apaciguó el corazón.

A partir de ese momento, solo nuestros sueños podrán apaciguar la tristeza de un final de otra Semana Santa. ¡Soñemos, pues, hermanos!

He soñado un domingo de quimera
despertando entre gaitas ese barrio,
convirtiéndose el cielo en relicario
de una blanca y morada primavera...

Tres Marías sonrían a mi vera
con San Juan que apostrofa, epistolario
de una cruz que vacía y con sudario
quiere hacerse por siempre más obrera.

¡Que suenen las baquetas relucientes,
que mi capillo caiga derrotado
por jubilosas hileras esplendentes!

¡Que el año pase rápido, fugado,
a dentelladas secas y calientes
para verte, Señor, Resucitado!